



VI Sección: Nicolás Maquiavelo: siempre vigente

El temor como mecanismo de control político para dirigir la voluntad del pueblo en El Salvador, una mirada desde la teoría política de El Príncipe de Maquiavelo

David Ernesto Maradiaga Reymundo
Universidad Teológica de América Central, Costa Rica
maradiagadavid9@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-0113-2489>

Recibido: 18 de setiembre de 2018

Aceptado: 13 de octubre de 2018

Resumen: El temor como mecanismo de control de la voluntad del pueblo, es una aplicación de la teoría política de *El Príncipe* de Maquiavelo a una comprensión de la realidad de El Salvador. El papel del temor en la práctica de las políticas de gobierno para la sociedad salvadoreña de los años 80s fue determinante para gobernar con base al control de la voluntad por el influjo de una pasión.

El grado de importancia que tuvo este ejercicio fue determinante, sobre todo al ejecutarse como consecuencia del conflicto civil armado que se gestó, por medio del cual un amplio sector de la población civil opuso resistencia.

La violación de mujeres y el asesinato de hombres jefes de hogar se configuraron como dos mecanismos utilizados por los entes estatales salvadoreños para la implantación del temor en el periodo de los años 80s en El Salvador.

Palabras clave: Temor; política; Nicolás Maquiavelo; mecanismos de control; El Salvador.

Fear like control mechanism for direct the will of the people in El Salvador, a view since of the political theory of Machiavelli, The Prince

Abstract

Fear, like a control mechanism for controlling the will of the people, is an application of the political theory of Machiavelli, The Prince, to understand the reality of El Salvador. The role of fear in the application of government politics for





the Salvadoran society, of the 80s, was decisive to govern based in the control the will of the people and the influence of a passion. The level of importance was decisive, especially when it was carried out as a result of the civil war that takes place, in which a big group of the civil population fights. Rape of women and murder of male, boss of home, were configured as two mechanisms used by Salvadoran State entities for the implementation of fear in 80s in El Salvador.

Key words: Fear; politics; Nicolas Machiavelli; control mechanism; El Salvador.

Introducción

El temor como mecanismo de control político para dirigir la voluntad del pueblo en El Salvador, es analizado a partir de una mirada retrospectiva desde la teoría política de *El Príncipe* de Maquiavelo. Se establece el papel del temor en la aplicación práctica de las políticas de gobierno para la sociedad salvadoreña de los años 80s. Asimismo, se ofrecen pautas con el fin de identificar el grado de importancia que tuvo este ejercicio realizado por los entes gubernamentales hacia la población civil, poniéndose en perspectiva la época concerniente a los inicios del conflicto civil armado. Por último, se exponen y analizan dos mecanismos utilizados por los entes estatales salvadoreños para la implantación del temor como forma de coartar al pueblo en el periodo de los años 80s.

I. El papel del temor como mecanismo de control político para dirigir la voluntad del pueblo, según Maquiavelo.

Lo primero que ha de establecerse para el análisis de este artículo será lo que se comprende por “temor”. Luego, en las siguientes líneas, teniendo claridad conceptual, se determinará el papel del temor como mecanismo de control político para dirigir la voluntad del pueblo según Maquiavelo.



Entonces, para definir *el temor*, primero hay que partir de una definición de lo que se entiende por el vocablo en la lengua española. La palabra proviene del latín *timor*, *-ōris* 'miedo', que significa: Pasión del ánimo, que hace huir o rehusar aquello que se considera dañoso, arriesgado o peligroso; Recelo de un daño futuro. (RAE, 2018).

Ahora, al establecer el significado del vocablo desde la lengua española, es necesario comprenderlo a partir de una postura más academicista y apegada a lo que este documento pretende presentar. Por ello, se recurre a lo establecido por Sánchez (2005), quien establece una aproximación a lo que se comprende como temor en Maquiavelo.

Desde su análisis de Maquiavelo y la comprensión de la psicología política, Sánchez (2005), manifiesta que hay que tener presente que el temor sólo es comprendido desde el poder. Es decir, sólo donde hay una expresión de poder es donde se puede manifestar de alguna forma la figura del temor.

Para el autor, el temor y el miedo - esta última emoción no entendida por igual - son pasiones que operan como medios de la relación de poder, de la dominación y de la práctica política. Por lo cual, allí donde hay temor y miedo se debe pensar en relaciones de poder necesariamente. En esa línea, manifiesta que la diferencia entre ambos conceptos radica en que el temor consiste en una “conciencia razonada de los peligros, mientras que el miedo es aquella pasión que se deja dominar por ellos.” (Sánchez, 2005, P. 202).

De esta forma, para realizar la determinación del papel del temor, al ser utilizado como mecanismo de control político, se va a recurrir a la teoría política de Maquiavelo en su obra titulada *El Príncipe*.

En el capítulo XVII de su obra, Nicolás Maquiavelo, hace referencia de la importancia de dos pasiones del ser humano que deben ser tomadas en cuenta a la hora de gobernar: *el amor y el temor*. Estas pasiones se analizan en torno a su grado de importancia o preponderancia que cada una tiene frente a la otra en la ejecución de los gobiernos de los principados. De forma que, la teoría política





maquiavélica establece la supremacía de la influencia del temor en ejecución del gobierno, respecto del amor que los gobernados pudiesen sentir por el gobernante.

Maquiavelo manifiesta que entre el amor y el temor de un pueblo a su gobernante (Príncipe), es preferible el temor, que a éste se le pueda tener, debido a que habitualmente los hombres no tienen reparo en romper el vínculo del amor cuando se ven interesados en cumplir o satisfacer una necesidad por la fuerza; por lo cual, hacen de lado el amor que sienten quebrando el vínculo de gratitud que les unía y actúan buscando lo que quieren alcanzar.

Por el contrario, con el temor no sucede así. Puesto que los hombres han de ser más cautelosos en no ofender a aquel que les causa recelo de un daño futuro, debido que el ofender a éste implica un castigo o reprimenda. Ahora bien, esto se configura como una línea de acción del gobernante, según la teoría política de Maquiavelo, puesto que establece de manera clara la forma de proceder con relación a los subordinados.

El papel del temor, al ser utilizado como mecanismo de control político, es importante en la dirección de la voluntad de los pueblos. Podríamos decir que ha sido, e inclusive es, en la actualidad, un factor determinante en la dirección política de un Estado, aunque en la época contemporánea se ejerza de formas sutiles que no permiten, en la mayoría de los casos, a las personas darse cuenta que están actuando movidos por dicha pasión.

El miedo o temor a sufrir consecuencias graves por la acción u omisión de una actividad, es fundamental a la hora de dirigir un pueblo, debido a que es una pasión que produce en el ser humano la necesidad de evitar una consecuencia, sobre todo cuando dichos pueblos poseían antecedentes históricos que le recuerdan la capacidad que tiene el gobernante para actuar en su perjuicio.

Este antecedente teórico que se expone nos servirá de base para analizar al menos de forma breve, pero desde un sustento político-filosófico, la realidad política de El Salvador en la década de los años 80s, en donde es posible poner



en evidencia, a partir de los insumos históricos que dicho país provee, el uso del temor y el miedo como mecanismo de control político sobre la voluntad del pueblo.

II. La importancia del temor en el gobierno del Estado salvadoreño durante los años 80s

Es necesario hacer una mención contextualizando la situación concreta que en este documento se discute a la luz de la teoría política de Maquiavelo. A finales de la época de los años 70s e inicio de los 80s, El Salvador se encontró en un conflicto de índole social que cobró mucha fuerza a nivel nacional. Se acababan de realizar algunas reformas de orden agrario, bancario y de comercio exterior, que propiciaron el descontento social, puesto que al menos las reformas de índole agrario favorecieron la expropiación de tierras de algunos y se establecieron impedimentos para poder obtener las tierras a otros, en especial a los más pobres o a los provenientes de las poblaciones indígenas, lo cual produjo un estallido social que se manifestó en una serie de expresiones populares tales como marchas, huelgas y plantones, donde algunos sindicatos de trabajadores, gremios y grupos de campesinos, todos organizados según sus capacidades, hicieron un frente de lucha común, en desacuerdo con las reformas realizadas. (Pais, s.f., p. 5).

Como era de esperarse, los sectores dominantes de la población, sobre todo aquellos sectores influyentes en materia económica, hicieron presión al gobierno para mantener las reformas en el orden que fueron dictadas. Esto propició serias expresiones imponentes, abusivas y autoritarias por parte del gobierno de turno hacia la población que se manifestaba.

La población continuó su lucha presionando a los gobernantes desde las demostraciones populares. Esto incluyó la toma de algunos templos importantes y de oficinas de gobierno, así como de embajadas. (Pais, s.f., p. 14).



La reacción por parte del Estado fue inmediata, pues aplicó algunas acciones violentas contra los manifestantes y las primeras acciones represivas por parte de la Guardia Nacional, incluyeron el uso de la violencia: inicialmente golpes, balas de salva y uso de gas lacrimógeno. Pero esto no fue suficiente, tanto la Guardia Nacional como la Fuerza Armada recurrieron al uso de balas reales e incluso armas de alto calibre. En concordancia con ello hicieron estallar bombas propagandísticas, las cuales eran atribuidas a los grupos sociales. Este recurso, aunque en la mayoría de los casos no causó muertes directas, pretendía al menos despertar el temor y la confusión entre la población.

Estos hechos generaron, como era de esperarse, un fuerte temor en la población civil y aunque en los sectores populares organizados esto únicamente provocó un recrudecimiento de la lucha, no dejó de significar para los primeros, razones de conmoción.

El gobierno de El Salvador echó mano de La Guardia Nacional y la Fuerza Armada Salvadoreña, instituciones que se convirtieron en dos entidades icónicas, en la aplicación de la fuerza y la violencia bajo la excusa de imponer el orden “al menos aquello a lo cual el Estado llamaba orden”. Dichas instituciones cometieron graves violaciones a los derechos de las personas, en nombre del orden y la paz. De esta forma, la presencia de los cuerpos armados en las calles de El Salvador trajo consigo el sentimiento generalizado de temor que causó en la población civil diversas reacciones. Las más visibles, observables en la población civil, fueron el estado de conmoción, los desplazamientos al interior del país, la emigración al extranjero y en última instancia, la alienación al proyecto del Estado.

La reacción más inmediata causada por el temor, como ya se ha dicho, suele ser la alteración por miedo, y esto fue lo que precisamente causó de manera inicial la represión en los sectores populares. Sin embargo, tanto la motivación de los estudiantes universitarios como el caldeo de ánimos en las organizaciones sociales propiciaron una resistencia activa hacia los grupos armados estatales. Ante ello, la respuesta intensificada por parte del gobierno salvadoreño tomó lugar.





Inicialmente se ejecutaron algunos secuestros por las facciones de las fuerzas armadas que operaban desde la clandestinidad, sin posibilidad inicial de atribuir la culpabilidad de los actos delincuenciales a estas. Esta fue una estrategia para atar de manos al pueblo, para que no pudiera recurrir a los mecanismos procesales de justicia a realizar un reclamo por los atentados contra su integridad.

El temor se constituyó en una herramienta fundamental para obtener el control sobre los sectores sociales que se manifestaban, pero no únicamente sobre estos, sino también sobre los sectores populares que no se expresaron de ninguna manera debido al mismo temor.

La estrategia de causar temor sobre aquellos que se manifestaban, fue una salida contradictoria, pues como la historia nacional de El Salvador lo demuestra, aunque el temor inmovilizó a la gran mayoría de la población, siempre hubo sectores populares que resistieron con férrea oposición a las políticas abusivas por parte de las autoridades. Pero esto no fue suficiente para lograr posicionarse a nivel nacional como un bando de resistencia en la lucha; puesto que, por sí solos, los sectores populares, aunque recibían ayuda de la población civil, nada hubieran podido hacer si no hubieran sido ayudados con el auxilio del exterior.

Al posicionarse en la historia universal, pero más específicamente en los hechos que acontecían en Centroamérica, se puede observar que la coyuntura giraba en torno a la lucha de intereses de las facciones internacionales más fuertes, que pujaban por posicionar sus ideologías o posturas políticas en la región. Ésta fue la época del inicio del fin de la Guerra Fría donde Estados Unidos de América y URSS, cada uno respectivamente con sus aliados, procuraron la ayuda a los sectores que defendían sus intereses.

De esta forma, volviendo la mirada hacia El Salvador, se puede identificar dos grupos posicionados ante trincheras apadrinadas por las potencias que se pretendían implantar. Por un lado, el gobierno de El Salvador, que recibía ayuda externa por parte de los Estados Unidos de América, y por otro lado, los sectores





populares, frentes y bloques –que posteriormente al unir sus fuerzas conformaron el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional)-. (Pais, s.f., p. 14).

Era necesario refrescar la memoria con tales hechos y acontecimientos; pues, de esta forma se logra comprender cómo un grupo social adverso al gobierno de la república salvadoreña pudo hacer frente a la lucha contra la institucionalidad. Esto se dice porque sólo recibiendo ayuda externa de los países que se habían alineado en la lucha contra los Estados Unidos de América, entendiéndose la URSS, Cuba y Nicaragua, el bloque sublevado pudo vencer poco a poco el temor para enfrentarse.

Los mecanismos de temor que el sistema institucional de El Salvador implantó sobre su pueblo fueron muy variados y cada uno obtuvo, dentro del sistema de control político de la población salvadoreña, un nivel de importancia grande; por medio de ellos era manipulada la voluntad de la población.

En el caso de El Salvador, aunque la población le teme enormemente al poder del Estado, cuando esta se ve auxiliada por fuerzas externas, el pueblo se levanta en valentía para enfrentar la represión. Lo anterior se puede comprender desde la dinámica de apoyo que brindan los sectores revolucionarios de Cuba y Nicaragua a los que estaban en contra del sistema represivo del gobierno; pues, los revolucionarios les suministraron armas y apoyo táctico al Bloque del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), quien en ese momento amparaba al sector de la población que era reprimido y que expresaba su descontento con las políticas públicas que el gobierno implementaba.





III. Dos mecanismos utilizados por el Estado de El Salvador para la implantación del temor como forma de gobernar al pueblo en el periodo de los años 80s.

Habiéndose puesto en la mesa de discusión la teoría política de Maquiavelo, en lo concerniente al temor y la importancia de su aplicación para el gobierno salvadoreño en los 80s. Se debe profundizar un poco más en las formas por las cuales el gobierno de El Salvador aplicó los mecanismos de control en la población salvadoreña.

Estos mecanismos utilizados para la implantación del temor se pueden catalogar como dos de las formas más crueles utilizadas por las fuerzas armadas quienes actuaban al margen de la ley en el sentido de la implementación de los mecanismos de control político del gobierno. Dichos mecanismos fueron la violación de mujeres y el asesinato de los hombres jefes de familia. Aunque a primera vista no lo parezca, fueron en realidad dos formas fuertes y dolorosas por las cuales se aplicaba temor a la población por medio de los vejámenes ejecutados por la autoridad, de manera tal que su ejecución causaba un daño severo en las víctimas y en los familiares, puesto que en la mayoría de los casos se procuraba infringir el daño sobre las víctimas frente a sus familiares y parientes.

A. Violación de mujeres

Esta forma de implantación de temor sobre la población está teñida por la depravación mental de los victimarios. La forma de ejecutarlo consistía en realizar una violación de tipo sexual sobre las mujeres, niñas o jóvenes integrantes de una familia frente a sus padres, hijos, hermanos o esposos.

Pais citando a Rubio, 2010, manifiesta que este tipo de violencia sexual fue completamente invisibilizado; debido a que era cometido completamente al margen de la ley por sus agresores, esta invisibilización responde en gran medida a las condiciones en que se dio el delito; esto es, "...las víctimas no tuvieron



acceso a la justicia para demandar a sus agresores, ya que los mismos eran parte de los cuerpos de policía y del ejército.” (s.f., p. 34).

Este acto, aunque no era una acción oficial del Estado, por ser ejecutada por los miembros integrantes de los cuerpos de seguridad, daba lugar a que la institución fuera temida por aplicarla.

La denuncia de este tipo de atrocidades era impensable debido al grado de vergüenza que ocasionaba, así lo manifiesta Rubio (s.f.) quien citando el informe de la OPS/OMS, 1997, manifiesta que:

La violación se veía como una deshonra o vergüenza que era preferible callar, en el caso de las sobrevivientes, sobre todo si estaban casadas o acompañadas. En el caso de las muertas o desaparecidas, la denuncia se hacía por estas razones; si las víctimas fueron violadas antes de ser asesinadas no era un hecho al que se le haya dado importancia, era una situación en la que ya ni siquiera se mencionaba aunque tampoco era parte del reconocimiento que detallaba Medicina Legal en el reconocimiento de cadáveres. Sólo se enumeraba la violación como uno de los hechos que denotaban la saña con la que fueron asesinadas. En general la violación aparece como un hecho colateral en la denuncia. No era lo más importante. (Rubio, s.f., pp. 8-9).

Vale hacer memoria que cuando estos actos fueron denunciados por la población civil, la institucionalidad no investigó lo suficiente como para condenar a los culpables. Por ello muchos de los ciudadanos consideraban al aparataje jurídico y político salvadoreño como cómplice de las atrocidades violatorias contra los derechos de las personas. Los libros de historia del conflicto armado salvadoreño recogen algunas narraciones de las víctimas de tales episodios trágicos, en sus líneas describen cuan brutales y grotescos eran las expresiones de violencia sexual contra la mujer.

El atentar contra la integridad sexual de la mujer, ya de por sí, constituido como un acto violatorio de los derechos humanos, debido a que se invade la intimidad de la persona y se transgrede la autodeterminación sexual a la que una mujer tiene derecho. Por otra parte, la violación no solo consistía en hacerle daño a la mujer,



la forma habitual de realizar la violación era en presencia de los hombres que conformaban el núcleo familiar o la parentela de las violentadas, de esta forma la violación se configuraba también como un arma, ejecutada simultáneamente contra los hombres que presenciaban la violación, esto porque se configuraba como una forma de pisotear la dignidad de las mujeres y la de sus familiares presentes. Los hombres, impotentes por estar amarrados y amenazados con un fusil en la cabeza, simplemente debían soportar ver tal atrocidad, ya que, ante alguna reacción de su parte, la situación terminaría en muerte para ambos.

Las secuelas y repercusiones psicológicas tanto para mujeres como hombres eran en realidad abrumadoras, a las mujeres la sola presencia de un uniformado les provocaba terror tras, más fuertes de espíritu, pero con la integridad personal deteriorada, decidieron unirse a los frentes de lucha para cobrar venganza con la muerte de los uniformados. De la misma manera, los hombres que presenciaron las violaciones hicieron su parte.

No obstante, la violación contra las mujeres se configuró como un método de sometimiento y ataque contra los ciudadanos, que también en muchos de los casos causó el sentimiento de desamparo, por pisotear su dignidad; y en consecuencia, provocó el acatamiento de las órdenes de la autoridad, bajo el temor de repetirse la violencia que la población tanto temía. Con esta última idea hay que recordar que también muchas madres solteras fueron violentadas en presencia de sus hijos y al no tener un respaldo masculino, procuraron su sometimiento a la autoridad para no ser de nuevo vejadas.

Hay que recordar que esta forma de implantar el caos y el temor en la población no es nueva, se dio en otras sociedades, como una forma de pisotear la dignidad de las personas y en especial de las mujeres.

A este respecto se podría mencionar lo dicho por Pais (s.f.), quien citando a Münkler, 2005, manifiesta que este fenómeno adquiere características específicas que pueden ir desde una búsqueda de placer/satisfacción sádica, hasta una estrategia político-militar de limpieza étnica sin genocidio. Por ejemplo, en las



guerras convencionales las mujeres y las niñas formaban parte del botín que, como era consabido, pertenecía al vencedor (p. 23).

De esta manera la violación de mujeres constituyó una forma por la cual, se sometía a control a las víctimas a través del temor que esta les ocasionaba, la víctima y el grupo social que la rodeaba se veían ante la imposibilidad de denuncia para obtener justicia y esto se convertía en un factor que amedrentaba a la población puesto que ante nadie podían acudir por auxilio.

B. Asesinato de hombres jefes de hogar

Otro de los mecanismos de control en ejercicio del temor fue el asesinato de los hombres que poseían la calidad de jefes de hogar. Hay que tener presente que la sociedad salvadoreña, como muchas de las sociedades mesoamericanas, se han configurado bajo el sistema del patriarcado, donde la figura del hombre como jefe del hogar posee un gran peso, por ser éste el encargado de proveer lo necesario para la familia y para propiciar el desarrollo de los hijos del hogar, que por lo general se encontraban encargados al cuidado de la madre. Por ello, era habitual ver al padre de familia como el encargado de proveer lo necesario para la subsistencia del hogar, ya sea mediante el trabajo de un oficio que le permitía la compra de los alimentos básicos necesarios para abastecer el hogar o por medio del cultivo de estos.

Esta situación fue aprovechada por el sistema imperante de la institucionalidad salvadoreña, pues sabía que ante las muestras de oposición de la población era buena estrategia atentar contra los jefes de hogar, esto detendría en gran medida las quejas de los manifestantes por temor a ser agredidos o a que los jefes de hogar fueran asesinados.

La pérdida de la figura paterna, en el hogar salvadoreño promedio en los 80s, suponía también la pérdida de la capacidad de abastecimiento de lo necesario para el hogar, suponía esfuerzos sobrehumanos por parte de las mujeres para lograr sacar adelante la familia. Ante las muestras de impiedad por parte de las



fuerzas militares contra los hombres manifestantes, las mujeres insistían a sus esposos para no luchar ni manifestarse por temor a que éstos fueran asesinados. Como puede observarse, tanto la violación de las mujeres como el asesinato de los hombres jefes de hogar, suponen un atentado directo a la primera institución de la sociedad; es decir, a la familia, en cierta medida lo que se realiza es una desarticulación de la sociedad misma al atentarse contra esta figura.

A este respecto es necesario traer a colación lo dicho por Maquiavelo en su teoría política, en lo concerniente a la conquista de pueblos, manifiesta que es preferible la destrucción del pueblo conquistado en aras de mantener el dominio, y de esa forma no se da la posibilidad de generarse ningún tipo de resistencia. En ese orden, podría hacerse una relación al decir que en cierta medida atentar contra la primera institución social se configura como una manera de destruir al pueblo, de desarticularlo para dejarlo indefenso y permitirle estar a salvo de la sublevación. Esto ocurre en la medida en que se deja en desamparo a la ciudadanía. Destruir no es únicamente eliminar o hacer desaparecer del mapa, destruir puede ser también minimizar pisoteando al pueblo de forma tal que pierda incluso su identidad, su dignidad y la esperanza de vida. Destruir al pueblo operaría en ese sentido, devastó física y psicológicamente, sin dejar oportunidad alguna de salvaguardar su vida, de eliminar incluso su capacidad para superar circunstancias traumáticas, en otras palabras, de eliminar su capacidad de resiliencia.

Los mecanismos de control operaron con éxito en la población en la medida que fue capaz de gobernar sus voluntades hasta el punto de permitirle implantar las políticas de gobierno que defendían sus intereses, sin embargo, como lo manifiesta la historia de nacional de El Salvador, el temor pareció ser vencido en la medida en que se sublevaron los sectores populares al erigirse un frente común armado que defendió los intereses de la población en contra del gobierno.

Esto permite comprender que en la medida en que el príncipe o gobierno fallen en su necesidad de inspirar temor por medio del ejercicio de la violencia, los focos potenciales de desafío político serán cada vez mayores (Jaef, 2014, p. 6). Lo cual



permitirá la posibilidad de generar resistencias que pongan en peligro las políticas implantadas.

No obstante el papel del temor en El Salvador operó con fuerza y con mucho éxito en la medida en que era útil para aminorar las acciones de resistencia y de lucha de la sociedad civil, quien decide no tomar partido en la disputa, debido a que se sentía imposibilitada de defenderse ante la aplicación de violencia en su contra, por lo que en gran medida se vio obligada a recurrir a los desplazamientos territoriales con el fin de obtener salvaguarda a la integridad física. Surge, por tanto, la necesidad de algunos actores del Estado de propiciar un acuerdo de paz que permita a la población civil habitar el territorio nacional y a la vez concederle a ambos bandos un fin al conflicto por medio de la negociación política. Siendo así como el Bloque Revolucionario del FMLN pasa a ser parte del cuerpo legislativo como un partido político.

En relación a ello es necesario hacer una acotación concluyente. De la aplicación de los mecanismos de control se puede deducir, como manifiesta Jaef (2014), que la violencia en sí misma parece no ser un objetivo del príncipe, sino un medio por el cual podrá garantizar la represión de aquellos que pretendan disputar su dominación. De la misma forma en que se convierte en un medio para garantizar el temor por parte de los súbditos (p. 7).

Sin embargo, a pesar de la violencia aplicada, en aras de ocasionar temor, al interior del territorio se gestó un grupo de lucha armada denominado Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) apoyado por el bloque conformado por Cuba y Nicaragua perteneciente a las izquierdas de América Latina, cuyas revoluciones fueron exitosas y reconocidas, pues las mismas estaban en concordancia con las líneas de pensamiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y a su vez en contra de los Estados Unidos que desde la lucha en la Guerra Fría gestó una bifurcación ideológica entre los representantes del comunismo y del capitalismo.



Lo precedente provocó que en 1980 el FMLN tome las armas y luche contra el gobierno, dicha acción fue vista como un acto de resistencia que detonó en el territorio salvadoreño una Guerra Civil que duró 12 años consecutivos y que tuvo su final con los Acuerdos de Paz del año 1992.

Conclusiones

La teoría política de Maquiavelo considera las pasiones del temor y del amor al gobernante como dos instrumentos eficaces para el control de los pueblos; sin embargo, opta por el temor como la vía más acertada debido a la maleabilidad de la lealtad producida por el amor.

El temor es una pasión susceptible de ser convertida en un instrumento, por el cual, a su vez, se es capaz de manipular o hacer dirigir las voluntades hacia los fines deseados.

Esta forma de pensar respecto a tal mecanismo de control ha sido utilizada por los gobernantes en múltiples ocasiones con el fin de obtener de forma favorable lo que deseen desde el gobierno de sus pueblos.

El gobierno de El Salvador echó mano de la teoría política de Maquiavelo en cuanto a los mecanismos de control se refiere, específicamente por la vía de la implantación del temor con el fin de establecer políticas de orden económico, agrario y social en beneficio de un reducido sector privilegiado y en detrimento de la sociedad civil.

Dos de los mecanismos de control más crueles ejecutados en El Salvador fueron la violación de mujeres y el asesinato de hombres, en la mayoría de los casos frente a sus parientes y familiares, como una forma de mostrar la dominancia de la autoridad y de implantación de temor para que el pueblo se sometiera a sus órdenes.

Los más sangrientos y horribles mecanismos de temor fueron realizados al margen de la ley; sin embargo, la impunidad imperante para los casos en los que



las víctimas reclamaron justicia, hacían de El Salvador un escenario propicio para que los mecanismos ejecutados fueran llevados a cabo, inclusive sin cubrir la identidad de los agresores, los cuales a todas luces se mostraban pertenecientes a las fuerzas armadas y militares.

La violación de mujeres se ha configurado como una de las formas de violencia imperante en las guerras contemporáneas y constituye además un daño vertebral a las mujeres de la sociedad y a sus conexos, entiéndase por ellos a sus hijos e hijas, esposos, y familiares. Es una forma de despojar cruelmente de la dignidad de la que son poseedoras ellas y los suyos.

Debido a la configuración histórica de la familia salvadoreña durante los años 80 - en donde tradicionalmente el hombre era el proveedor y la mujer la encargada de la crianza de los hijos desde el hogar- el asesinato de los hombres se constituyó como la estrategia militar más inmediata por parte del gobierno para hacer cesar las revueltas y la sublevación del pueblo de El Salvador, además constituye un mecanismo de implantación del temor para las familias sobrevivientes y sus conexos, los cuales tienen presente la crueldad del opresor, por lo cual no se atreverán a levantar la mano contra el opresor.

A pesar de los mecanismos de control ejecutados en El Salvador, la resistencia fue capaz de levantarse en armas, en parte gracias a la ayuda externa proveniente de los países que luchaban contra los intereses de los Estados Unidos, puesto que el conflicto se ocasionó en el marco de la llamada Guerra Fría.

Sin embargo, la operatividad de los mecanismos de control obtuvo un éxito muy grande en la medida en que su aplicación fue capaz de doblegar las voluntades de la sociedad civil, del conjunto de ciudadanos que no se habían posicionado con alguna de las partes del conflicto que se gestó, por lo cual se vieron obligados a huir o a recurrir a los desplazamientos territoriales hacia otras latitudes.



Bibliografía

Aveledo, R. G. (2013). La Política del Miedo. y sus tramas, 15.

Ayala, R. J. La cultura y el miedo; la violencia y la dominación. Consejo Editorial.

Béjar, H. (1991). La sociología de Norbert Elías: las cadenas del miedo. Reis, 61-82.

Jaef, J. F. (2014). La violencia como factor decisivo de la política: una reflexión desde El Príncipe de Nicolás Maquiavelo. Temas y Debates, (27), 125-135.

Lungo U., M. (1990). El Salvador en los 80: Contrainsurgencia y Revolución. FLACSO, Editorial Universitaria Centroamericana.

Maquiavelo, N. (1993). El Príncipe. México: Editorial Porrúa.

Marina, J. A. (2006). Anatomía del miedo. Barcelona: Anagrama.

Pais, M. Seminario de Investigación: las guerras contemporáneas. Recuperado de <http://www.rebelion.org/docs/154481.pdf>.

Sánchez-Parga, J. (2005). Poder y política en Maquiavelo. Homo Sapiens.

